

UN INSTANTE ETERNO

Filosofía de la longevidad

Pascal Bruckner

FONT: BRUCKNER, Pascal. *UN INSTANTE ETERNO; Filosofía de la longevidad*.
Barcelona: Ediciones Siruela, S.A.

Una reflexió sobre com ha canviat la percepció de l'edat i la vellesa amb els anys.

LOS EXPULSADOS DEL CULTO A LA JUVENTUD

En su libro autobiográfico, *El mundo de ayer* (1942), Stefan Zweig cuenta cómo a finales del siglo XIX, en Viena, en el Imperio austrohúngaro, gobernado por un soberano de 70 años rodeado de ministros decrepitos, la opinión pública no se fiaba de la juventud. Pobre de aquel que mantuviera un aspecto infantil: no le resultaba fácil encontrar un trabajo; el nombramiento de Gustav Mahler a la edad de 37 años como director de la Ópera Imperial fue una escandalosa excepción. Ser joven era un obstáculo para cualquier carrera. Los jóvenes ambiciosos tenían que parecer mayores y empezar a envejecer en la adolescencia: acelerar el crecimiento de la barba afeitándose todos los días, llevar gafas con montura dorada en la nariz, lucir cuellos almidonados, ropa rígida y una larga levita negra y, si era posible, tener un poco de sobrepeso, lo cual era signo de seriedad. A los 20 años, vestirse de persona madura era la condición *sine qua non* para el éxito. Era necesario castigar a las nuevas generaciones, ya penalizadas por una educación humillante y mecánica, arrancarlas de sus comienzos como novatos, de su indisciplina de chicos malos. Era el triunfo de la gravedad que impone la edad honorable como el único comportamiento civilizado de la humanidad.

Qué contraste con nuestros tiempos, cuando cualquier adulto trata de forma desesperada de mostrar los signos externos de la juventud, practica la confusión de disfraces, lleva el pelo largo o vaqueros; cuando las propias madres se visten como sus hijas para anular cualquier brecha entre ellas. En el pasado, la gente vivía la vida de sus antepasados, de generación en generación. Ahora los progenitores quieren vivir la vida de sus descendientes. Jovencitos de 40 años, cincuentones con aspecto adolescente, sexigenarios, aventureros de 70 o más, con sus mochilas, sus bastones de esquí y sus cascos, aficionados a la marcha nórdica, que cruzan la calle o los jardines públicos como si estuvieran atacando el Everest o el Kalahari, abuelas en escúter, abuelos en patines o en monociclos eléctricos. Es el vértigo de la regresión autorizada. El desajuste generacional es tan cómico como sintomático: entre los jóvenes encorsetados en sus trajes ceñidos y los viejos con sienes plateadas que se pasean en pantalones cortos, la cronología se altera.

Mientras tanto, los valores se han invertido. Para Platón, la escala de conocimiento debía seguir la de las edades. Solo el individuo mayor de 50 años podía contemplar el Bien. La dirección de su República debía dejarse, a través de una especie de «gerontocracia atemperada»¹ (Michel Philibert), solo a los ancianos, capaces de impedir la anarquía de las pasiones, de orientar a los ciudadanos hacia un alto grado de humanidad. El ejercicio del poder era una función de la autoridad espiritual. Fue Platón, mucho antes que el Benjamin Button de Scott Fitzgerald, quien en el *Político* imaginó que en los viejos tiempos «los ancianos muertos salían de la tierra para vivir sus vidas al revés» y regresaban al estado de un bebé recién nacido. Así que vio la infancia como el fin de la existencia, un regreso al punto de partida después de un largo viaje. El principio pasó a ser el final, y el final, el principio.

Hemos desarrollado otra visión sobre el tema: durante un siglo, desde la hecatombe de la Primera Guerra Mundial, que vio desaparecer a toda una generación bajo las órdenes de generales irresponsables, es la madurez la que se percibe como un declive, como si madurar fuera siempre morir un poco². Lo abominable de la guerra es que invierte las prioridades y destruye a los hijos antes que a los padres. Es entonces cuando la juventud se convierte, con el surrealismo y Mayo del 68, herederos de

Rimbaud, en la reserva de todas las promesas, en la propia cristalización del genio humano. «Nunca confíes en nadie mayor de 30 años», dijo el agitador y pacifista americano Jerry Rubin en los años sesenta, antes de convertirse en un próspero hombre de negocios a sus 40 años. De esta inversión nació una nueva actitud: el culto a la juventud, síntoma de sociedades envejecidas, ideología de adultos que quieren acumular todas las ventajas, la irresponsabilidad de la infancia y la autonomía del adulto. El culto a la juventud se está destruyendo a medida que se afirma: los que lo reclaman pierden un poco más cada día el derecho a reclamarlo a medida que envejecen a su vez. Transforman un privilegio efímero en un título permanente de nobleza. Los destructores de un periodo se convierten en los anticuados del siguiente. El pionero solicita el título de noble por adelantado, y el joven mimado se transforma en alguien que vive de las rentas de sus mimos. Incluso los *baby boomers*, esos fanáticos de la adolescencia, terminan convirtiéndose en septuagenarios u octogenarios. La sociedad del culto a la juventud tiene la peculiaridad de que, lejos de ser el triunfo del hedonismo, está, desde la primera infancia, obsesionada con la senectud y a la caza de la misma en una sobremedicación preventiva. Y la falsificación de la eterna juventud suena cada vez más falsa a medida que pasa el tiempo.

Hasta los 30 años, el animal humano no tiene edad, solo la eternidad por delante. Los cumpleaños son formalidades divertidas para él, escaneos inofensivos. Luego vienen los múltiplos de diez, la lista de décadas, 30, 40, 50. El envejecimiento es ante todo esto: estar bajo arresto domiciliario en el calendario, convirtiéndose uno en el contemporáneo de épocas pasadas. La edad humaniza el paso del tiempo, pero también lo hace más dramático. Es la tristeza de ponerse a la cola, de ser atrapado por la condición común. Tengo una edad, pero no necesariamente esta edad, registro una brecha entre las representaciones asociadas al estado civil y lo que siento. Cuando esta discrepancia se vuelve, como hoy, masiva, cuando un ciudadano holandés de 69 años presenta una denuncia contra el Estado en 2018 para cambiar su estado civil porque se siente un hombre de 49 años y sufre discriminación en su trabajo, así como en su vida amorosa, estamos presenciando un cambio de mentalidad. Para bien o para mal. Reivindicamos vivir varias veces, como nos plazca. Ya no miramos nuestra edad,

porque la edad ha dejado de hacernos o de deshacernos: es solo una variable entre otras. Ya no queremos estar atados a nuestra fecha de nacimiento, a nuestro sexo, al color de la piel, al estatus: los hombres quieren ser mujeres, y viceversa, o ninguna de las dos cosas, los blancos se creen negros, los ancianos se creen bebés, los adolescentes se inventan sus documentos para beber alcohol o ir a las discotecas; la condición humana está huyendo de todas partes, estamos entrando en la era de las generaciones y de las identidades líquidas. No queremos ceder a la intimidación de los grandes números, exigimos el derecho de mover el cursor a voluntad. Nos naturalizamos como recién llegados a la tribu de los 50 o 60 años, y comenzamos por negarnos a aceptar sus códigos. La edad es una convención a la que todos se adaptan más o menos de buena gana. Paraliza a los individuos en roles y posturas que el desarrollo de la ciencia y el alargamiento del tiempo hacen obsoletos. Hoy en día, muchas personas quieren liberarse de esta camisa de fuerza y aprovechar esta moratoria entre la madurez y la vejez para reinventar una nueva forma de vida. Es lo que puede llamarse el veranillo de la vida; la generación del *baby boomer* es la pionera en este sentido, al crear el camino que recorre. Han reinventado la juventud y creen que están reinventando la vejez. Uno sigue siendo valiente mientras la edad psicológica no coincida con la edad biológica y social. La naturaleza puede ser nuestra maestra; es menos que nunca nuestra guía. Avanzamos resistiendo sus imposiciones, ya que nos construye solo destruyéndonos, con su majestuosa indiferencia.

(...)

RENUNCIAR A LA RENUNCIA

«Envejecer es todavía la única manera
que hemos encontrado de vivir una larga vida».

SAINTE-BEUVE

¿Qué ha cambiado en nuestras sociedades desde 1945? Este hecho fundamental: la vida ha dejado de ser breve, tan efímera como un tren que pasa, para usar una metáfora de Maupassant. O, más bien, es de manera simultánea demasiado corta y demasiado larga, oscilando entre la carga del aburrimiento y el parpadeo de la urgencia. Se extiende en periodos interminables o pasa como un sueño. Desde hace un siglo, de hecho, la raza humana ha estado jugando a la prolongación, al menos en los países ricos, donde la esperanza de vida ha aumentado de 20 a 30 años más. El destino le ofrece a cada uno un permiso, variable según el sexo y la clase social. La medicina, «esta forma armada de nuestra finitud» (Michel Foucault), nos otorga una generación extra. Es un inmenso progreso, ya que este deseo de vivir plenamente corresponde al retraso del momento de la entrada en la vejez, que hace dos siglos comenzaba en la treintena³. La esperanza de vida, que era de 30 a 35 años en 1800, aumentó de 45 a 50 en 1900, y ganamos tres meses adicionales cada año. Una de cada dos niñas que nazca hoy llegará a los 100 años. ¿De qué manera afecta la longevidad a todos desde la infancia? No solo afecta a los que se acercan al final de sus vidas, sino a todos los grupos de edad. Saber desde los 18 años que podemos llegar a vivir un siglo, como en el caso de los *millennials*, cambia por completo nuestra concepción de los estudios, la carrera, la familia y el amor, haciendo de la vida un largo y sinuoso camino que se pierde, por el que se vaga, que permite fracasos y reanudaciones. A partir de ahora *tenemos tiempo*: no hay necesidad de apresurarse, de casarse y tener hijos a los 20 años, de terminar los estudios demasiado pronto. Podemos formarnos en cosas diferentes, tener oficios variados, varios matrimonios. Los ultimátums establecidos por la sociedad, más que ignorados, son burlados. Ganamos una virtud: la indulgencia hacia nuestras propias vacilaciones. Y un desafío: pánico a tomar decisiones.

(...)

La longevidad no es una mera suma de años, sino que cambia profundamente nuestra relación con la existencia. En primer lugar, permite que varias humanidades diacrónicas cohabiten en la tierra con diferentes referencias y recuerdos. ¿Qué hay en común entre un hombre que roza el siglo y ha experimentado el final de la Primera Guerra Mundial, la Segunda, la Guerra Fría y la caída del Muro, y un niño que nace en un ambiente de pantallas conectadas y de hipertecnología? ¿Qué hay de común entre yo y yo mismo, entre el que fui una vez y el otro en que me he convertido? Nada más que un carné de identidad. Las cronologías chocan sin ningún vínculo evidente entre sí, las referencias divergen, creando verdaderos problemas de traducción entre los más viejos y los más jóvenes, que ya no hablan el mismo idioma. La longevidad desarma las incompatibilidades: hoy en día, uno puede ser una cosa y otra, padre, abuelo y bisabuelo, por ejemplo, anciano y deportista, madre y sustituta del hijo de su hija y de su yerno. Es Matusalén en todos los sentidos, pero un Matusalén petulante: un hombre puede procrear hasta los 75 años y dar a luz a un nuevo niño cuando su hijo mayor le da un nieto¹². El tío o la tía sería entonces 40 años más joven que su sobrino o sobrina, y el menor, medio siglo más joven que su hermano mayor. La ciencia permite verdaderas permutaciones temporales, los linajes se entrelazan en lugar de seguirse unos a otros como los cables de una central telefónica, las jerarquías familiares se sacuden. Es un abismo que se abre ante nosotros y barre todos los puntos de referencia. Si mañana, por casualidad, los centenarios se convirtieran en mayoría, considerarían a los de 70 años como niños maleducados y gritarían: ¡Ah, estos jóvenes: no respetan nada!

Así son las cosas. Es *la omisión provisional del desenlace*, una incertidumbre fundamental. La existencia ya no es una flecha que lleva del nacimiento a la muerte, sino una «duración melódica» (Bergson), un milhojas de temporalidades superpuestas. En lugar de soñar con una suspensión de días («Oh, tiempo, suspende tu vuelo», pedía Lamartine; pero «¿cuánto tiempo?», replicaba Alain), ahora tenemos el beneficio de un regalo inesperado. Disfrutar de un suplemento es guardar luto por el luto, como esos enfermos de sida a los que la triterapia salvó *in extremis*. El verdugo

colgó su hacha. La vida humana se desarrolla exactamente al contrario que una novela policiaca: conocemos el final, sabemos quién es el culpable, no queremos confundirlo, incluso ponemos todo nuestro talento en no desenmascararlo. Tan pronto muestra el hocico, le rogamos: mantente oculto, necesitamos muchos años más antes de encontrarte. El último capítulo de un libro puede ser tan emocionante como los precedentes, incluso si los resume.

Si el privilegio de la juventud es permanecer indefinida, no saber lo que pasará, el privilegio del veranillo es hacer trampa con la conclusión. *Es la edad del equívoco entre la gracia y el colapso*. Después de los 50 años, la imprudencia ya no es necesaria, cada uno se ha convertido más o menos en lo que estaba destinado a ser y se siente libre ahora para perseverar en su ser o reinventarse a sí mismo¹³. La madurez agrega en una sola persona universos disímiles que después de la madurez se agitan de nuevo, como un acelerador de partículas. Muchos han señalado que es una adolescencia sin precedentes y una pubertad tardía. En la era del declive, ya no se trata tanto de elegir la propia vida como de perpetuarla, influenciarla o enriquecerla. ¿Cómo hacer un buen uso de este sobrante? Este es el primer día del resto de tu vida, dicen los anglosajones. El resto comienza el primer día, pero después parece opulencia y luego se contrae. El tiempo es como el amor en el caso de Platón, hijo de la pobreza y la abundancia, es la maduración indispensable, la expectativa fértil que florece, pero también el desgaste y el agotamiento. Envejecer significa entrar en el orden del cálculo: todo se nos cuenta, cada día que pasa hace que las opciones escaseen más, nos obliga a discernir.

Pero la paradójica adolescencia de los 50 no llevará a ningún sentido superior. Claude Roy habla muy bien de «esa manera que tiene la vida de no terminar las frases». Es humano no terminarlas, dejarlas como una ventana entreabierta. Son otros los que la cerrarán y le pondrán fin, no sin discutir sobre nuestro destino. Kierkegaard, en un famoso libro, distinguió tres etapas en el camino de la vida: la etapa estética, la de la inmediatez; la ética, la de la exigencia moral, y la etapa religiosa, la de la acomodación¹⁴. El tema es estimulante, pero ¿quién podría todavía dividir su viaje en tres partes tan claras como el esquema de un ensayo? La existencia es una introducción perpetua a sí misma y esto hasta el final, sin gradación. Solo estamos

domiciliados en el tiempo para acabar siendo expulsados de forma definitiva, arrojados del presente. Somos los sin techo del tiempo.

(...)

Al hacer de la longevidad una norma absoluta, la civilización hace más inaceptable la senilidad, la pérdida de fuerza y la dependencia. Es un hecho insoportable que continuemos envejeciendo y muriendo. Las fabulosas promesas de los transhumanistas, deseosos de remodelar la vida con la ayuda de la ingeniería biológica y la inteligencia artificial, están demostrando ser, al menos por el momento, especulaciones amables, *Fausto* reescrito en lenguaje digital. No hay que culparlos por ser prometeicos, sino por no ser lo suficientemente prometeicos. Se apoderaron del brillante futuro del comunismo, pero sobre bases científicas. Es el mismo consuelo, el mismo sueño de omnisciencia y omnipotencia sobre uno mismo y el mundo. Para ellos, es el cuerpo, «esta cáscara anacrónica» (David Le Breton), el que debe ser liquidado, reformado en una nueva génesis tecnológica²⁰. Nosotros éramos carroña y vísceras, y nos convertimos en cibernéticos y silicio. En realidad, nos aferramos a la intersección de dos mentalidades, una clásica, que le asigna un destino a cada uno, y otra más reciente, que se rebela contra este fatalismo y quiere ampliar sus fronteras y mejorar al ser humano. Esta ingeniería destinada a remodelarnos, a aumentarnos, despierta tanto nuestro escepticismo como nuestra admiración. El transhumanismo y las biotecnologías despiertan tanto odio como esperanzas tontas. Pero, si permiten que la investigación progrese, ¿por qué condenarlos *a priori* y no ser más pragmáticos al respecto (Luc Ferry)?²¹. Se nos promete que gracias a la investigación de células senescentes alcanzaremos los 150 años de edad a mediados de siglo. ¿Por qué no? No estaremos para verlo, pero buena suerte a nuestros descendientes.

(...)

Tradicionalmente, la vejez era la época del apaciguamiento. Los abuelos recibían a sus nietos con la amabilidad de quien podía entenderlo todo y perdonarlo todo. Se separaba lo esencial de lo accesorio. Así, a través del marchitamiento de los cuerpos, solo subsistía lo principal: la grandeza de espíritu y la belleza del alma. La vida se

empequeñecía, manteniéndose en una llama, pero esta llama era sublime, e inspiraba el respeto y la admiración de todos. Este modelo se ha vuelto borroso: a la vida que permanece activa, por un lado, se opone la vida polvorienta, por el otro, que es rechazada como un espectro, el del anciano que está postrado en cama, preso de la extinción. Toda la energía que necesita para preservarse, para mantenerse, es una batalla diaria ganada contra la desintegración²⁵.

A ello se superpone otra imagen: la ancianidad sería el momento de irse liberando, paso a paso, del apetito demasiado codicioso de los placeres terrenales, para dedicarse a la meditación, al estudio, a pronunciar oráculos en forma de máximas definitivas para prepararse mejor para la gran partida. No es seguro que tal abandono les parezca atractivo a algunos de nuestros contemporáneos. En realidad, podría ser que el secreto de una vejez feliz radique justo en el enfoque opuesto: *en cultivar todas tus pasiones, todas las capacidades hasta bien avanzada la vida, en no abandonar nunca ningún placer ni ninguna curiosidad, en lanzarse a retos imposibles, en continuar hasta el último día amando, trabajando, viajando, y permanecer abierto al mundo y a los demás*. En una palabra, en sentir intactas las propias capacidades.

¿A qué tenemos que renunciar si queremos mantener lo esencial? En primer lugar, al imperativo de la renuncia, que equipara la edad con la extinción gradual de nuestros deseos. Aunque termine derrotándonos y expropiándonos de nosotros mismos, la vejez tiene que ser reconstruida. El dictado que ordena acostarse, resignarse, debe ser desafiado. La sabiduría clásica es quizá solo el otro nombre de la resignación. Debemos resistir con todas nuestras fuerzas al empobrecimiento de la existencia, a ser relegados a casas con nombres floridos que son lugares medicalizados para morir. En el pasado, entramos en la existencia sin un modelo: la novela de formación o aprendizaje, nacida en el siglo XVIII, ayudó a los individuos a encontrar su camino a través del laberinto de los años, a pasar de lo particular a lo universal, en un momento en que la dislocación del Antiguo Régimen era cada vez mayor; ahora estamos entrando en el otoño de la vida sin una guía, ya que este periodo no existía como tal hasta mediados del siglo XX. Deberíamos entonces hablar de las novelas de distorsión que nos desacostumbran a los gestos que hemos aprendido, nos desintoxican de

tonterías inmemoriales. Debemos envejecer en paz, quizá, pero no resignarnos. Estamos, así, divididos entre dos sabidurías: el triste consentimiento de lo inevitable, y el alegre acercamiento a lo posible. Pasamos de uno a otro. Lo sabemos desde Freud: en el inconsciente no pasa el tiempo²⁶, somos nosotros los que pasamos en él; es el registro del estado civil el que nos asigna una fecha de nacimiento. La edad es una convención social basada en una realidad biológica. Siempre es posible cambiar la convención. Al final, por supuesto, seremos derrotados. Lo importante *es no interiorizar nunca la derrota y no interiorizarla hasta el final*.

¹ Michel Philibert, *L'échelle des âges*, Le Seuil, 1968, pág. 63.

² Remito aquí a la primera parte de *La tentation de l'innocence* (Grasset, 1995), donde analizo las transformaciones de la vejez y la sobrevaloración de la infancia y la inmadurez en Occidente.

¹² El ejemplo está sacado de Michel Philibert, *op. cit.*, pág. 174.

¹³ Sobre esta redefinición de las edades de la vida, véase el libro fundacional de Michel Philibert ya citado, así como Marcel Gauchet, *Le Débat*, n.º 132, 2004-2005, y la síntesis magistral de Éric Deschavanne y Pierre-Henri Tavoillot, *Philosophie des âges de la vie*, Grasset, 2007.

¹⁴ Søren Kierkegaard, *Étapes sur le chemin de la vie*, 1845, Tel Gallimard, 1979.

²⁰ David Le Breton, *L'adieu au corps*, Métailié, 2013, pág. 13.

²¹ Sobre los progresos de las tecnociencias y la uberización de la sociedad, véase Luc Ferry, *La révolution transhumaniste*, Plon, 2016.

²⁵ Algunos juristas proponen un régimen sénior para proteger a los débiles de las estafadoras y promulgar una «presunción simple de vulnerabilidad» diferente de la tutela o curaduría. La medida sería reversible en caso de mejora mental o física de la persona a la que se protege. Didier Guével (profesor de Derecho Privado), en *Recueil Dalloz*, Dalloz, n.º 22, junio de 2018.

²⁶ Véase J.-B. Pontalis, *Ce temps qui ne passe pas*, Folio Gallimard, 1997.